

Ser celoso es experimentar una verdadera y terrible pena á la vista del éxito que obtiene algún otro; es *desear, querer*, y á menudo *procurar* hacer daño á los demás, rebajándolos y aun calumniándolos.

Jesús no quiere que seas *celoso*.

El se regocijaba con la dicha de los demás.

El era dichoso cuando aplaudían á los niños de su edad y cuando se les premiaba.

Era el primero en alabarlos y en hacerlos valer; se escondía para dejarles el mejor lugar

2º *No juzgues con la impetuosidad de tu carácter*

Después de una repulsa, de un castigo ó de un reproche, podéis sentir os ofendidos y apenados; eso es casi inevitable; pero no os dejéis llevar hasta proferir estas palabras que se escapan, como por instinto, de un corazón que no ama: *Son injustos y malos los que me han castigado*.

Después de una falta cometida por uno de vuestros amigos, falta que habéis visto ó que se os ha referido y os ha indignado, no digáis con impetuosidad: *¡Qué alma tan indigna y tan culpable!*

Jesús no hubiera pensado como vosotros.

Jesús no hubiera hablado como vosotros.

Ante un reproche se hubiera *humillado* y hubiera guardado silencio, ó quizá, con dulzura y sumisión hubiese explicado su conducta; jamás habría pensado mal de sus maestros; y simplemente hubiera dicho: *Se han engañado*.

Ante una falta que no hubiese podido disculpar

habría tratado de atenuarla, atribuyéndola á ignorancia ó aturdimiento.

¿Por qué no habéis de hacer lo que Jesús habría hecho?

3º *No seas orgulloso ni ambicioso*.

Ser *orgulloso*, es atribuirse, como si nos perteneciese, lo que Dios en su bondad nos ha prestado; es menospreciar á los que son menos ricos, menos inteligentes, menos atractivos, y menos aplaudidos que nosotros; es poner de relieve entre los demás la más pequeña equivocación para demostrar que nada se nos escapa y hacer que se diga de nosotros que tenemos un espíritu clarividente.

Ser *orgulloso*, es mostrarse despreciativo y desdeñoso hacia aquéllos que tienen menos dotes que nosotros; es erigirse en protector de los más pequeños para engrandecerse á sus expensas.

Ser *ambicioso*, es querer, en todo y por todo, el primer lugar; es trabajar no solamente para tener buen éxito, sino para superar á todos los demás con el objeto de ser más aplaudidos y más apreciados que todos ellos.

Jesús no hubiera obrado así.

El, que más tarde debía recomendarnos que *nos colocásemos siempre en el último lugar*, debió tomar siempre ese lugar inferior al de los demás. Su vida retirada en Nazaret, tan olvidada y tan poco ostensible, nos demuestra perfectamente los pensamientos de humildad que llenaban su espíritu.

Los pequeños, los pobres, los abandonados eran buscados por El para consolarlos, para fortalecerlos y para serles útil.

4º *No seas egoísta.*

Ser egoísta, es no pensar más que en sí mismo; es quererlo todo para sí; es no incomodarse jamás por complacer á otros y no dar sino con dificultad, porque para éso sería preciso privarse de algo. El egoísta no cede nunca un buen lugar que le convenga para darlo á alguien que lo necesite; no sacrifica jamás un capricho por agradar á otro.

Ser egoísta, es no hacer algo por los demás sino en vista de una recompensa ó de una ganancia.

Es querer que todos se ocupen en nosotros y se sujeten á privaciones por nosotros; es sentirse molesto, inquieto y descontento de verse olvidado.

Es hablar de sí mismo para enaltecer su nacimiento, sus cualidades y su saber.—El egoísmo es el complemento del orgullo.

Jesús no era egoísta. ¡Oh, cómo debió dar de buena gana, olvidarse de sí mismo por los demás, ocultar algunas veces sus acciones para dejar que apareciesen las de los otros y, lo diremos después, cómo debió *hacerse todo para todos!*

San Pablo, después de haber dicho lo que no debe ser la caridad, enumera las cualidades que debe tener.—No hablamos aquí sino de lo que se refiere directamente al prójimo.

La caridad, dice, es *paciente, es dulce* y está *llena de clemencia; está contenta con todo.*

¡Oh, Jesús, cómo se revelan estos caracteres de la caridad en todos vuestros pensamientos y en todos vuestros actos; y qué dulce alegría se siente con estudiarlos por un momento!

§ II.—JESÚS NIÑO Y ADOLESCENTE

ERA PACIENTE, SUFRÍA TODO Y LO SOPORTABA TODO.

No, ciertamente, nadie hacía sufrir á Jesús en la casa de Nazaret.

María y José prodigaban á su hijo muy amado *esos pequeños cuidados* que son la alegría, la dicha y la vida de un padre y de una madre, apartando todo lo que pudiera herirle ó apenarle, y rodeándole con delicadeza y discreción de lo que, en su pobreza, era natural que le proporcionase algo de bienestar.

Pero Jesús había venido á la tierra para *expiar*, y la expiación no se efectúa sin *sufrimientos*; y toda la dedicación de María y de José, y toda su atención para velar sobre Jesús, no le impedían que llenase su misión de Salvador por medio del sufrimiento.

1º *Jesús niño sufrió.*

Sufrió en el pobre establo de Belén, recostado sobre la paja que formaba su cuna.

Sufrió durante aquel largo camino que, á través del desierto, llevaba de la Judea á Egipto.

Sufrió durante aquellos años de destierro; sufrió con esos mil accidentes que quitan á la vida una parte de lo bueno que tendría, cuando uno es amado: *el frío, el calor, el hambre, la pobreza.*

A menudo se vieron lágrimas en los ojos de Jesús niño; *estremecimientos en su cuerpecito*; pero jamás se le oyeron quejas.

A vosotros, como á Jesús, se os evitan, tanto cuanto se puede, las penas materiales.

¡Cuántos cuidados para vosotros!

¡Cuántas precauciones en torno vuestro!

¡Cuántos gastos para ponerlos al abrigo de los sufrimientos!

¡Cuántas penas para aligerar las vuestras!

Y sin embargo, todo el amor de una madre, toda su previsión y toda su solicitud, no podrán sustraeros al dolor.

¡Oh! aceptad con reconocimiento, como Jesús, todo lo que se hace por vosotros; pero cuando, á pesar de todo, sintáis los golpes del dolor, cualquiera que sea la causa, *aceptadlos apaciblemente.*

Pedid lo que os parezca útil, pero no lo exijáis imperiosamente; y si Dios permite un olvido ó un desprecio hacia vosotros, sed resignados como Jesús.

2º *Jesús adolescente sufrió.*

Su misión de redentor se encuentra en todos sus estados. Su adolescencia está llena de encantos y radiante de gracia, pero también es *víctima.*

Y no queremos hablar aquí, para ser más prácti-

cos, sino de las *penas exteriores* sufridas por Jesús. Las penas del alma, las penas del corazón, Jesús las sufrió perpetuamente, y ésas quizá, no las comprenderíais aun.

Por fuera, cuando Jesús salía, ¿no encontraba *hombres groseros* que le menospreciaban, *niños celosos* que le rechazaban de en medio de ellos, y *malvados* que abusaban de su dulzura y de su timidez para maltratarle quizá?

Estas suposiciones repugnan á nuestro corazón; queríamos que Jesús hubiese sido afectuosamente acogido, siempre agasajado, y siempre amado. ¡Ay! quiso servir de modelo en todas las cosas y *debió sufrir*, durante su vida de niño y de adolescente, las diferentes penas que nosotros, para darnos ejemplos de paz y de perdón.

Y su conducta entonces, ¡oh, cuán humilde y caritativa era!

Ante una palabra ofensiva, una acogida ó una mirada malévola, Jesús se alejaba tranquilamente para no dar ocasión al mal, y algunas veces lloraba.

Si sus labios no podían pronunciar públicamente esta frase: *Yo os perdono*, su corazón la decía; y más de una vez, después de una humillación, repitió estas palabras que había de decir en la cruz: *Padre mío, perdónadlos, porque no saben lo que hacen.*

Jesús miraba bondadosamente al malvado que le repelia; y quizá le dijo con dulce resignación: *¿Por qué me deseas mal?*

La injuria podía penetrar y lacerar el corazón de Jesús niño y adolescente; mas no dejaba en él ni sabores ni rencor. Y tal vez se le vió tender la mano á aquél que le hubo causado una pena, diciéndole con bondad: *No dejemos ponerse el sol sin habernos reconciliado.*

Y si sabía que los que no le amaban tenían alguna pena, se sentía dichoso consagrándose á ellos, sirviéndoles, dándoles y pidiendo perdón para ellos.

* * *

En las casas de educación donde estáis reunidos, niños, no tenéis *enemigos* entre vuestros compañeros de estudio, pero hay algunos cuyo carácter no simpatiza con el vuestro; hay algunos con defectos opuestos, y ocasiones de disgusto, más ó menos todos los días; hay otros que son antipáticos y á quienes no podéis ver ú oír, sin sentirlos de mal humor. ¡oh! sed *pacientes* como Jesús para tolerarlos; sed *fuertes* para dominar los malos sentimientos que se despiertan en vosotros; sed *buenos* para olvidar, y sed *generosos* para tratar alegremente con todos.

En vuestras casas de educación existe también el *reglamento* que contraría vuestros caprichos: hay *maestros* que exigen la obediencia y castigan las faltas; *deberes impuestos* que aguijonean la pereza; *ligereza de carácter* que es causa de una multitud de faltas, y *tiempo* que contraría vuestros deseos y vuestros

proyectos; de allí provienen la irritación, la impaciencia y el mal humor.

¡Cuántas ocasiones hay en un día para imitar *la paciencia* de Jesús!

Y cómo sería fecunda en méritos vuestra tarea, si el ángel de vuestra guarda pudiese, por la noche, decir de vosotros: *Esta alma ha ganado tres, cuatro, seis victorias contra su carácter impaciente.*—Estas buenas calificaciones de vuestro ángel tienen un valor más útil para vuestra vida, que las *buenas calificaciones* de trabajo anotadas por vuestros maestros.

§ III.—JESÚS NIÑO Y ADOLESCENTE ERA MANSO Y ERA MODELO DE CLEMENCIA.

La mansedumbre es una virtud que extiende su graciosa influencia sobre la existencia toda.

Da al alma, al espíritu, al corazón, á la palabra, á la mirada y al aspecto, un encanto pàrticular que es difícil precisar, pero que siempre se hace sentir.

La mansedumbre supone la paz, la humildad, la misericordia, la suavidad, la benevolencia y la bondad. Jesucristo ha dicho en sus hermosas instrucciones llamadas *las Bienaventuranzas*, es decir, *lo que hace dichoso: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra; ellos atraerán; serán dueños de las almas y de los corazones, y los dirigirán hacia el bien.*

Conocemos la mansedumbre de Jesucristo durante su vida pública, cuando recibía á los pecadores con tanta misericordia, cuando toleraba las exigencias de los enfermos, la grosería de la muchedumbre, y las impertinencias de muchos; cuando conversaba con tanta afabilidad con los pobres y con los desgraciados, y cuando recomendaba que *no se acabara de romper la caña medio quebrada, y no se apagase el fuego que humeaba aun.*

No podemos *más que suponer* la mansedumbre de Jesús niño y adolescente, tal como debió manifestarse en Nazaret, con toda su amabilidad y haciendo á todos dichosos.

Dichosos á María su Madre y á san José;

Dichosos á todos los que permitían que la mansedumbre de Jesús llegase hasta ellos.

San Jerónimo, dice el P. Lefebvre, nos ha revelado unas palabras que oyó en el mismo Nazaret y en los campos vecinos.

Nos dice que Jesús era tan bueno, tan tierno hacia los niños de su edad, que entre sí, le habían aplicado una especie de sobrenombre. Aquellos niños no le llamaban Jesús, por mucho que este nombre estuviese lleno de encantos, sino que no le llamaban de otro modo que la mansedumbre: *Eamus ad suavitatem*, decían ellos, *vamos hacia la mansedumbre.*

¡Cómo hace comprender esta palabra los tesoros de bondad que aquellos niños habían encontrado en el corazón de Dios Salvador! ¡Y cómo nos permite

imaginar una multitud de circunstancias en las cuales la mansedumbre infinita de Jesús se reveló á esos niños!

Si estando reunidos con El uno de ellos se ponía á llorar, la mansedumbre de Jesús le consolaba inmediatamente.

Si otro acababa de caer ó de lastimarse, la mansedumbre de Jesús le levantaba y aun le curaba sin duda alguna.

Si otro parecía molestarse un poco, la mansedumbre de Jesús le calmaba y apaciguaba.

Si estaba enfermo un niño, Jesús iba á visitarle con su santa Madre, y con algunas palabras bondadosas, aplacaba los dolores de la enfermedad, consolaba á su familia y ordinariamente le curaba.

Si había entre los tiernos compañeros de su edad alguna querella, ó una simple dificultad, recurrían á la mansedumbre de Jesús; El explicaba y decidía la cuestión, y sobre todo, acercaba los corazones y reconciliaba los espíritus.

¿No sentís que todo ésto debió suceder así, y que Jesús niño se convirtió, por su mansedumbre, en dueño de todos los corazones?

* * *

Niños, también vosotros, poseéis los corazones de vuestros condiscípulos, de vuestros padres, y de todos, si tenéis algo de la mansedumbre de Jesús.

La mansedumbre, en vosotros como en Jesús, debe encontrarse en todo: en *vuestro corazón*, para ordenar los sentimientos y hacerlos más afectuosos;

En *vuestro espíritu*, para rectificar los pensamientos y moderar los juicios,

En *vuestras palabras*, para prescribir la participación y la acritud, para templar el rigor de las reprensiones, la aspereza y la sequedad de los consejos,

En *vuestras conversaciones*, para distraer á los demás, y para que sean más útiles y más atractivas; y

En *vuestro carácter*, para desterrar esos momentos de mal humor que os apenan, y los ímpetus, efectos de la vivacidad, que hieren y conducen al aislamiento.

* * *

La *clemencia* es una consecuencia de la mansedumbre. Compadece las faltas, las distracciones y los olvidos; si ve una falta, busca siempre lo que parezca propio para dispensarla.

Siempre debemos suponer en los labios de Jesús, palabras que excusen, que protejan, que atenúen el mal, y que defiendan.

No nos ha conservado de su vida de adolescente sino lo que dijo más tarde, á aquéllos que en el ímpetu de su celo, querían que castigase á los culpables; no fué más que la expresión de los sentimientos habituales de su corazón.

Escuchad estas apacibles palabras: *Sed, pues, como*

mi Padre celestial que hace salir el sol para los buenos y para los malos.—No pidáis que el rayo del cielo caiga sobre los culpables.—Yo no he venido para castigar sino para obrar misericordia.

¿No son para todos nosotros una regla de conducta?

¿No debemos obrar hacia los que nos hayan lastimado con una palabra ofensiva, una falta de atención ó aun con una injuria, demostrando la misma bondad, la misma mansedumbre y la misma clemencia?

§ IV.—JESÚS NIÑO Y ADOLESCENTE SE CONTENTABA CON TODO.

Contentarse con todo supone un alma bella, un espíritu elevado, un carácter bien constituido y una voluntad enteramente sumisa.

Contentarse con todo es aceptar con calma, por lo menos, si no con placer, todo lo que contraría nuestros proyectos y nuestro modo de ver y de juzgar; es no manifestar jamás el disgusto que podamos sentir interiormente; es no buscar nunca una mala intención en los actos que puedan ofendernos; es decir, de aquéllos, sobre todo, que gozan de autoridad sobre nosotros: *Tienen sus razones para obrar así.*

Contentarse con todo es complacer en lo más insignificante, á aquéllos con quienes uno vive; es decirles: *Todo lo que hacéis está bien hecho*; es demostrarles que nos hacen dichosos.

Es necesario ser muy bueno, muy paciente y muy afable para conseguirlo.

Y Jesús niño y adolescente era todo éso, y también hacía dichosos á los que le rodeaban.

¿Por qué hacéis, pues, niños, esas rabieta más ó menos duraderas, después de que se os ha rehusado alguna cosa, cuando no comprendéis la razón que hay para ello?

¿A qué vienen quejas y murmuraciones?

Se diría que dudáis del afecto de vuestra familia hacia vosotros.

Contentaos, pues, con todo y con todos.

Estad contentos *con Dios*, sin el cual nada se hace ni permite en vosotros ni en derredor de vosotros, que no sea para vuestro verdadero bien;

Contentos con *vuestros padres y maestros* que nunca tienen intención de molestaros; y

Contentos con *vuestros condiscípulos* que pueden, por ligereza ó por indiscreción, contrariaros algunas veces, pero que lo hacen sin malicia, y á quienes una buena palabra de vuestra parte pronto reconciliaría con vosotros.

§ V.—JESÚS NIÑO Y ADOLESCENTE NO PENSABA MAL DE NADIE.

La tendencia á *interpretarlo todo de buena manera*, de la cual ya hemos dicho algunas palabras, se llama buena índole. Es una de las cualidades más es-

timables, una de las que más contribuyen á la dicha de una familia, de una comunidad, ó de una reunión.

Tener *buena índole* es dedicarse á buscar el lado bueno en todas las cosas; es empeñarse en disminuir el verdadero error en los demás; en excusar ó compadecer al menos, á los que obran mal; en amarlos siempre, y aun defenderlos, si es posible, sin mengua de la verdad.

¿No es ése el retrato que nos formamos de Jesús?

Se dice, es verdad, que la *buena índole* más aun que el *buen corazón*, exhala un perfume de paz y alegría que atrae, seduce, y poco á poco se comunica á los que lo respiran con frecuencia.

Encontrar un buen corazón no es muy difícil. Todos los niños tienen generalmente *buen corazón*; pero una *buena índole* es rara.

La buena índole es *el espíritu cristiano* en toda su extensión, espíritu formado por las enseñanzas del Evangelio.

Hay en ella una atmósfera de *fe divina* que la penetra, aun sin darse bien cuenta de ello, y que la hace obrar: Dios habita en ella.

La *buena índole* está formada de humildad, de sumisión, de pureza, de sacrificios, de amor al deber, y de abnegación; virtudes fuertes y suaves á la vez que esparcen algo divino en las relaciones mutuas.

Bastaría que un niño viviese enteramente animado de *buena índole* para transformar, lentamente sin

duda, pero de una manera sensible, toda una casa de educación.

Pero también, ¡cómo una casa decae y se echa á perder al contacto de una *mala índole* que murmura de todo, se queja de todo, razona sobre todo, y está descontenta con todo!

§ VI.—JESÚS NIÑO Y ADOLESCENTE ERA MODELO DE CONDESCENDENCIA.

Esta palabra resume la vida divina de Jesús.

Ser *condescendiente* es prestarse con todos, ponerse al nivel de los más pequeños, *descender* hasta ellos para ayudarles y participarles de lo que uno posee, para hacerles bien, y aun simplemente para agradecerles.

Eso era precisamente lo que hacía Jesús niño y adolescente con todos aquéllos que la Providencia llevaba á su lado.

Se hubiera dicho que no tenía nada suyo, y que cuanto poseía pertenecía á todo el mundo.

Su tiempo, sus aptitudes, su pequeña influencia estaban al servicio de todos.

Se decía todas las mañanas; *Yo no he venido para ser servido sino para servir*; y bajo la influencia de este pensamiento, no sólo esperaba que se le ocupase, sino que se ofrecía para hacer todo lo que se presentara.

En cualquier momento en que se dirigiesen á El, estaba listo; parecía decir siempre: *¿En qué puedo seros útil?*

Para cualquier servicio que se le pidiese, decía: *Ya voy.*

Cualquier sacrificio que se le exigiese, lo hacía siempre sonriendo.

No conocía aquellos *ofrecimientos* que no consisten más que en palabras, ni aquellas *excusas* tan acostumbradas desde el momento en que un servicio trae consigo alguna molestia; si ofrecía, era con sinceridad; si decía: *no puedo*, era cierto; y la pena que manifestaba era verdadera.

¡Oh, cómo *debió ser agradable* vivir con Jesús; El realizó perfectamente esta expresión de san Pablo: *Hacerse todo á todos* y para todas las cosas!

Y para acercarle más particularmente á nuestra vida infantil, ¡qué cuadro delicioso es aquel que presenta á Jesús compartiendo sus *juegos* con los niños de su edad!

«Una tarde, refiere un peregrino de la Tierra Santa, estábamos en una celda gozando en silencio de la impresión de calma y de felicidad que se había posesionado de nosotros. Unos niños jugaban en la plaza debajo de nuestras ventanas; cantaban como otras veces, aires ya alegres, ya tristes, y se nos vino á la mente un pensamiento risueño: Quizá, como ellos, Jesús los cantó en otro tiempo; porque, en fin, El jugó en esas calles, sobre esas piedras, bajo este cielo»

Sí, Jesús niño *jugó*, por complacer á los niños de su edad;

Jugó para mantener entre ellos la alegría, y
Jugó para santificar los juegos de todos nosotros.
 ¡Oh, cuán bueno ha sido Jesús!

II.

Obras de misericordia realizadas por Jesús
 niño y adolescente.

¿No sentimos que esta expresión: *la misericordia de Jesús* parece darnos á conocer, más completamente que todas las demás palabras, el corazón de Jesús?

¡Jesús misericordioso! ¡Oh, cómo lo fué durante su vida pública!—¡Cómo lo es aun en su vida eucarística!—¡Cómo ha debido serlo también durante su vida oculta, su vida de niño y de adolescente!

El es justamente á quien Dios, desde el primer instante de su Encarnación dotó, como dice san Pablo, *con entrañas de misericordia*. La misericordia es la *virtud de los Santos*, añade el mismo Apóstol, la *virtud de los muy amados de Dios*; y fué siempre la virtud de Jesucristo.

La misericordia es, en cierto modo, más que la *bondad*, más que la *piEDAD*, y más que la *ternura*; es una virtud que se compone á la vez de todas esas virtudes; es un sentimiento divino que impulsa el corazón á aliviar, con todas sus fuerzas, las miserias ajenas.

Y ved cómo la palabra misma da á conocer la naturaleza de ese sentimiento.

Supone á dos seres: uno amante, compasivo y generoso; y otro desgraciado y que tiene necesidades; la misericordia impulsa el *corazón* amante hacia el *desgraciado*, y de los dos seres parece no formar sino uno solo.

Y lo que posee el corazón amante, lo da; da sus bienes materiales, su tiempo, sus fuerzas y su industria; y da, sobre todo, su afecto y su ternura.

La misericordia se manifiesta exteriormente por el bien que derrama, pero también existe en el alma de aquél que nada puede dar, que nada puede decir, y que nada puede hacer; existe en el alma del mendigo que, en presencia de una miseria semejante á la suya y que no puede remediar, no le envía siquiera un vaso de agua; porque no lo tiene; pero sí una mirada de ternura, ó un simple suspiro emanado del corazón.

Esa fué, durante mucho tiempo, la *misericordia* de Jesús niño.—Poco á poco, á medida que iba creciendo, se manifestaba en El la necesidad de dar y de darse á sí mismo, que sentía en su interior.

§ I.—JESÚS NIÑO Y ADOLESCENTE CUMPLIÓ CON LAS
 OBRAS CORPORALES DE MISERICORDIA.

Son *siete* las obras de misericordia que tienen por objeto directo aliviar el cuerpo, en las diferentes penas que pueden agobiarlo.

Estas penas son: *el hambre, la sed, la privación de la libertad, las enfermedades, la falta de vestidos y de asilo, y el abandono después de la muerte.*

No tenemos nada que precise las obras *corporales de misericordia* llevadas á cabo por Jesús, durante su infancia y su adolescencia. ¡Oh, si la Santísima Virgen quisiera revelarnos todo lo que Jesús le permitió ver, respecto de su amor á los pobres durante los largos años que vivió con El!

¡Cuántas veces Jesús niño y adolescente le pidió una pequeña moneda ó un pedazo de pan, para darlos al que llamaba á la puerta de la casa de Nazaret!

¡Cuántas veces, en los días de invierno, Jesús dejó entreabierta su morada á fin de que el mendigo pudiese entrar con más facilidad!

¡Cuántas veces debió llevar el pan de su mesa á una familia que sabía era más pobre que la suya, dar de beber á los enfermos, arreglar su lecho, y procurar el alivio de sus dolores!

¡Cuántos vestidos debió pedir para vestir á los niños; con qué placer debió dar por sí mismo todo lo que su madre le permitía dar; y cuántas privaciones debió imponerse para poder ser generoso más fácilmente!

¿Os han contado este hecho conmovedor que el mismo Apóstol san Pedro narró á Clemente de Alejandría?

Entraban ambos en la morada de un pobre enfer-

mo, y viendo á aquel infeliz acostado sobre un jergón, san Pedro se echó á llorar.

«¡Ah! dice el santo, aquel lecho y aquel enfermo me recuerdan á mi buen maestro. Por la noche, después de nuestras largas excursiones, cuando agobiados por la fatiga, descansábamos nosotros sus apóstoles, se acercaba á nuestro lecho para cerciorarse de que nada nos faltaba; y yo le ví, más de una vez, arreglar, con sus manos divinas, las mantas de aquéllos que al moverse, las habian arrojado al suelo.»

¡Oh, cuán propio de Jesús es ese pequeño detalle de la vida de familia!

* * *

Permitidme suplicaros, niños, que hagáis con aquéllos con quienes Dios os pone en contacto, en vuestra familia, ó en la casa de educación en que estáis; dejadme suplicaros que hagáis vosotros mismos lo que indudablemente habría hecho Jesús.

¡Detalles encantadores y fáciles en su aplicación cotidiana!

1. 2. *Dar de comer y beber á los que tienen hambre.*—Guardar cuidadosamente y conservar limpios los restos de las comidas para repartirlos á los pobres.

Apresurarse á desempeñar todos los pequeños servicios que denotan inferioridad: *Servir la mesa.*—*Ser obsequiosos.*—*Desempeñar pequeñas comisiones.*

Ofrecer con naturalidad y dar sencillamente á los

demás lo que parezca mejor ó lo que sea más particularmente de su gusto.

Recoger en los pasillos y en el refectorio lo que, caído al suelo, puede reservarse todavía para los pobres.

Pedir permiso para distribuir por sí mismos, á los mendigos que se hallen á la puerta, las limosnas que se les destinan.

No pedir jamás á Dios una gracia sin poner de su parte, una corta limosna para los pobres.—Obrar así después de cada falta algo grave, para obtener más fácilmente el perdón, y cada vez que se teme una pena, para preservarse de ella ó para aceptarla de una manera sobrenatural.

3. 4. *Visitar á los enfermos y á los presos.*—Podéis hacerlo en la familia y en el colegio; seréis dichosos si os encargan de llevar á los enfermos que guardan cama, los remedios que necesitan, y si os escogen para recrearlos y hablarles un poco de Dios.

¿No son *verdaderos presos*, aquellos parientes achacosos á quienes la parálisis ó simplemente la vejez clava, por muchos meses y aun por muchos años, en una silla ó en una cama?

¡Qué meritoria y qué dulce para el corazón es esta obra de misericordia!

¿No podríais pedir también, si fuese posible, que os acompañasen al hospital ó al lado de algunos enfermos para decirles una palabra de consuelo y de esperanza, una de aquellas dulces palabras que re-

cuerdan la protección de la Santísima Virgen y la providencia paternal de Dios?

5. 6. *Vestir á los mendigos, y recibir á los forasteros.*—Cuidad vuestros vestidos para que sirvan á los pobres.—No destrocéis ni echéis á perder nada; conservad aun los juguetes que ya no tengan atractivo para vosotros y que serán la alegría de otros niños á quienes Dios no ha favorecido tan generosamente como á vosotros.

§ II.—JESÚS NIÑO Y ADOLESCENTE CUMPLIÓ CON LAS OBRAS ESPIRITUALES DE MISERICORDIA.

El alma tiene sus necesidades como el cuerpo. Pide también que se venga en su auxilio.

Pide auxilio á la *inteligencia*, para que la instruya cuando no sabe, para que la aconseje cuando no ve y cuando permanece indecisa.

Auxilio al *corazón*, para que la consuele cuando está triste, y para que la fortalezca cuando se halla en riesgo de flaquear.

Auxilio en los *diferentes actos de la vida*, para corregirlos, cuando son defectuosos; para perdonarlos, cuando nos ofenden; para repararlos, cuando nos han sido nocivos; y para soportarlos, cuando nos desagradan.

Como se ve en seguida, las obras espirituales de misericordia son siete: *Instruir á los ignorantes.*—*Aconsejar á los indecisos.*—*Consolar á los afligidos.*—

Corregir á los malos.—Perdonar á los culpables.—Soportar á los injustos.—Obras á las cuales es preciso añadir: la oración por la salud de todos, la más importante de las obras espirituales de misericordia.

La vida pública de Jesucristo nos suministra deliciosos modelos para cada una de estas obras.

Algunas, sin duda, no pueden ser practicadas aun á vuestra edad, pero hay otras que podéis hacer siempre en cualquier tiempo, y en todas las épocas de vuestra vida, aquéllas que hizo de seguro Jesús niño y adolescente.

1º Orar por las almas.

El pensamiento de salvar á las almas, á las almas por las cuales estuvo en la tierra, permaneció siempre vivo en Jesús.

Durante su vida pública se manifestó con sus palabras, expresando con santa paciencia el deseo de ver llegar la hora de morir por ellas; *con cada una de sus acciones*, dirigidas todas á la salud de las almas; *con sus sufrimientos* á toda hora, y sobre todo, *con sus oraciones* que pueden llamarse continuas, sea que saliesen de sus labios como súplicas y en acción de gracias, sea que, del fondo de su corazón, se elevasen silenciosas hasta Dios.

Durante su *vida oculta*, este pensamiento de salvar á las almas, se manifestó menos visible á las miradas humanas, pero tuvo siempre la misma vida y el mismo ardor, y se alimentó perpetuamente con la oración.

El alma de Jesús oró por la salud de las almas, y desde el seno de María, exclamaba: *¡Padre mío, vos me habéis formado un cuerpo para ser una víctima expiatoria de los pecados de los hombres; hème aquí!*

El alma de Jesús oró durante sus primeros años, cuando aun era impotente para hablar; y suplicante siempre iba de la tierra al cielo, y del cielo á la tierra para preparar, merecer y obtener la reconciliación de los hombres con Dios y de Dios con los hombres.

El alma de Jesús oró exteriormente desde que pudo externar los sentimientos de que estaba poseída.

Jesús oraba en las horas en que sus labios dejaban escapar los deseos de su corazón.—Oraba durante el trabajo ejecutado en la obscuridad del taller de san José.—Oraba cuando estaba cerca de su madre, cuando estaba solo, y también cuando dormía.

Ni un solo instante fué interrumpida la súplica de Jesús ofrecida á Dios por las almas.

Y vosotros también, niños, durante vuestra vida oculta é ignorada como la de Jesús, podéis como El, llegar á ser *Salvadores de almas*. orando como El y unidos con El.

El *apostolado de la oración* es menos aparente que el de *la palabra* y que el del *ejemplo*; pero sin ese apostolado, el de la palabra y el del ejemplo resultarían *infecundos*.

La palabra y el ejemplo son *granos* que se siembran en las almas; *la oración* es el *germen* oculto, que